

brir otros aspectos, dar la pauta de que, a lo mejor, el peso de lo autóctono es más importante de lo que Copland cree.

Recordemos así en la Argentina, a Juan Bautista Massa, con "La muerte del Inca" y la "Suite Argentina", compuesta de "Aire de pericón", "Tonada" y "Aire de gato", donde se reflejan evidentes motivos indígenas; Carlos López Buchardo con su serie de lieder: "Vidala", "Jujeña", etc.; Felipe Boero autor de "El Matrero"; Floro Ugarte con su "De mi tierra", de auténtico sabor nativo; la "Canción de cuna India", de Gilardi y otras canciones de idéntica inspiración.

En Chile, Humberto Allende (que vivió largo tiempo entre los indios araucanos para estudiar su música) con sus "Escenas camperas chilenas"; en Uruguay, Eduardo Fabriani: "Mburucuyá"; Ramón Rodríguez Socas: "Urunday", y Vicente Ascone: "Paraná Guazú". En Paraguay: José A. Flores con "Mburicaó", y "Pijhare Pité"; en Bolivia, José M. Velazco Maidana, compositor del ballet "Amerindia".

Podríamos agregar a esta serie muchos nombres más. Creo sin embargo que lo ya mencionado es harto suficiente para sembrar inquietud.

En suma, un libro ameno, que se deja leer, donde lo superficial se disfraza a menudo de agilidad y en el que, luego de un promisorio planteo de problemas, asistimos al sacrificio del calar hondo en lo que es, en lo que está, en lo que debe ser. Pero en última instancia, útil, recomendable; no tanto en función de lo que pueda decirnos, sino porque estimula lo potencial, porque urge a reconsiderar la validez de ciertas premisas, porque sugiere.

Esther M. Smud

GUILLERMO DE TORRE,
¿Qué es el superrealismo?
Buenos Aires, Editorial Col-
lumba, 1955.

El autor de la "Problemática de la Literatura" resume en un ensayo breve —más no por eso menos científico— la trayectoria del Superrealismo, movimiento que despertara pasiones enconadas y ferrosos partidarios y que se encuentra hoy en un "statu quo", habiéndose apartado de él por completo— y con resabios de un fuerte desprecio, aquellos que fueran **porte-parole**, como Aragón, Eluard, Char entre otros.

De Torre fundamenta el punto de partida del movimiento superrealista, en el dadaísmo de Tristán Tzara que, con el propósito de rehacer una visión total del mundo, llevando lo conocido como formas de expresión literario y artístico a **fojas cero**, cautivara las jóvenes conciencias en la post-guerra de la primera contienda mundial. El dadaísmo, en su afán irracional, dejaba insatisfecha el ansia de comprender por parte del público y aún entre sus más entusiastas proclamadores, que veían en su total nihilismo un simple juego infantil, diríase que su único fin residía en **éparter les bourgeois**. Situación que se prolongó hasta el primer manifiesto de André Bretón, en 1924, exaltando "el poder de la imaginación, la excelencia de lo maravilloso y la fuerza ilimitada de la libertad" en su acepción más amplia: "Yo creo en la resolución futura de estos estados como el sueño y la realidad, en una suerte de realidad absoluta, de superrealidad, si así puede decirse". Y con esta sentencia abría Breton el mundo de las

imágenes —encasillándolo dentro de un sistema— y la brecha definitiva del individualista Tzara o dada, destructor apriorístico de la palabra sistema.

No se detiene Guillermo de Torre únicamente en el precursor inmediato del movimiento, y en el estudio de sus principales y esporádicas figuras, sino que se remonta a sus “ídolos y antecesores” en una primera y última instancia, de acuerdo a los numerosos manifiestos de Breton —siempre noble para una rectificación de orden particular y siempre ingenuo para seguir creyendo en el poder de su nueva concepción del mundo.

Cierra el autor el libro, con un interrogante más sobre el estado actual de esta revolución literaria pero no escamotea palabras de elogio a la eterna figura del creador de su primer manifiesto, y afirma que su personalidad moral y humana está obscureciendo la ya mortecina luz de la obra y el movimiento superrealista.

A título de apéndice, figura una Bibliografía Crítica sobre el período, en orden cronológico, puesta al servicio del estudioso y previendo despertar un interés, más allá de la breve reseña, a los no especializados. Un retrato a lápiz del autor, por el joven Horacio Videla, aparece en las primeras páginas del volumen.

N. R.

SIMONE WEIL; Espera de Dios. Buenos Aires, Sudamericana, 1954.

Son cuatro ya los libros de Simone Weil que han sido editados entre nosotros: **La gravedad y la Gracia, Raíces del existir, Carta a un religioso y Espera de Dios.** El

primero, selección de los cuadernos de notas que enviara a Gustave Thibon, contiene los elementos para precisar lo esencial de su pensamiento religioso y su concepción acerca de los mecanismos del alma y la relación de ésta con Dios; el segundo —cuyo título francés (**L'enracinement**) es más exacto y significativo— permite alcanzar las resonancias sociales de sus ideas y ofrece algunos penetrantes análisis históricos; la **Carta a un religioso** es concretamente el sumario de sus dudas respecto al catolicismo; en cuanto al último, su contenido es más heterogéneo y reúne textos valiosos acerca de todos estos temas.

Espera de Dios agrupa en tres partes, los siguientes textos: tres cartas enviadas al padre Perrin poco antes de la partida de Simone para América; tres cartas de despedida y cinco opúsculos a cuyo contenido concreto nos referiremos más abajo.

Las dos primeras cartas tienen datos reveladores acerca de su relación con la Iglesia católica. Simone confiesa en la cuarta carta (su **Autobiografía espiritual**): “jamás he vacilado en la elección de una actitud; siempre adopté como única actitud posible la cristiana”. Su vigorosa personalidad, que alcanza en cierto sentido caracteres de auténtico misticismo, fué en sus aspectos esenciales un juego polar de tensas contradicciones. En ella lucharon la fe avasalladora y un irreductible punto de su alma que permaneció siempre en la inquietud de una duda; la adhesión a las formas básicas del dogma cristiano, y un racionalismo exigente e inflexible; las más apasionadas entregas a lo social y un indomable escepticismo individualista. Las car-